—Explíquese más claramente.

—Caballero, esto equivale á un thaler y dos gros y diez y ocho pfennings de Prusia.

—Dispense, mas no lo entiendo todavía. ¿Y en plata francesa?

—Caballero, un florín vale dos francos, tres sueldos y un céntimo; un thaler de Prusia vale tres francos y tres cuartas parte; un silbergrossen vale dos sueldos y medio; un kreutzer vale las tres cuartas partes de un sueldo; un pfenning vale las tres cuartas partes de un liar.

Entonces respondo como el don César que ya sabéis:

—*Está perfectamente claro.*

Y abro la bolsa al azar, confiando en la antigua honradez de este altar de los ubianos de que nos habla Tácito. *Ara ubiorum.*

La obscuridad se complica con la pronunciación. *Kreutzer* se pronuncia *creusse* por los hessenses, *criche* por los badenses, y *cruche* en Suiza.

CARTA VIGÉSIMA TERCERA

MAGUNCIA

El autor define el ferrocarril.—Particularidades del ferrocarril de Maguncia á Francfort.—Devastaciones salvajes y progresos horribles del «buen gusto».—El autor compara Colonia, Francfort y Maguncia entre sí.—La catedral de Maguncia.—Edificio de doble ábside.—Plano geométrico.—Los campanarios.—Puertas de bronce.—Facsímil de la inscripción.—Viaje atento y curioso del autor á través de las tumbas de los arzobispos electores.—Enumeración.—Detalles.—Comparaciones. Singular historia del astrólogo Mabusio.—M. Luis Colmar, *pendant* de M. Antonio Berdolet.—Juan y Adolfo de Nassau, pendants de Adolfo y Antonio de Schauenburgo.—Hay cuarenta y tres tumbas.—Fastrada, esposa de Carlomagno.—Su epitafio.—Facsímil.—792.—El viejo suizo que cuenta estas historias.—Diferencia de decoración de ambos ábsides.—Magnífico retablo barroco.—Sala capitular.—Claustro.—El bajo relieve enigmático.—Frauenlob.—La fuente de la plaza del mercado.—Inscripciones.—Maguncia desde lo alto de la ciudadela.—De qué manera son curiosas las mujeres de Maguncia.—Adlerstein.—Lo qué es el punto negro que se ve allá abajo.

Maguncia, septiembre.

Maguncia y Francfort, como Versalles y París, forman actualmente una sola ciudad. En la Edad media había entre ambas ciudades ocho leguas, esto es,

dos jornadas; hoy las separan, mejor dicho, las acercan cinco cuartos de hora. Entre la ciudad imperial y la electoral, nuestra civilización ha interpuesto ese guión que se llama ferrocarril. Ferrocarril delicioso que costea el Mein por instantes, que atraviesa una verde, rica y extensa llanura, sin viaductos, sin túneles, sin zanjas ni terraplenes, con simples traviesas de madera bajo las guías; ferrocarril que sombrean paternalmente los manzanos como un sendero de aldea; que está á merced, sin cunetas ni verjas, á pie llano, á la bondad saturniana de los pilluelos alemanes, y á lo largo del cual parece que una mano invisible os presenta uno tras de otro los huertos, los jardines y los campos cultivados, retirándolos luego presurosamente y hundiéndolos en confusión al fondo del paisaje como telas desdeñadas por el comprador.

Francfort y Maguncia son, como Lieja, admirables ciudades devastadas por el buen gusto. Yo no sé qué corrosiva propiedad tienen la arquitectura descolorida, las columnatas de yeso, las iglesias-teatros y los palacios-barracones; pero es cosa cierta que todas las pobres ciudades antiguas se funden y se disuelven rápidamente en esos apiñamientos de blancas casas. Yo esperaba ver en Maguncia el Martingsburgo, residencia feudal de los electores-arzobispos hasta el siglo XVII; los franceses lo habían convertido en hospital, y los hessenses lo arrasaron para engrandecer el puerto franco. En cuanto al palacio de los mercaderes, construído en 1317 por la famosa liga de las cien ciudades, espléndidamente decorado con las estatuas de piedra de los siete electores ostentando sus blasones, por debajo de los cuales dos figuras colosales sostenían el escudo del imperio, fué demolido para hacer una plaza. Yo contaba alojarme enfrente, en aquella hostería de las Tres Coronas, abierta desde el 1360 por la familia Cleemann, seguramente la posada más antigua de Europa; yo esperaba ver una de esas hosterías que describe el caballero de Gramont, con la inmensa chimenea, la gran sala de pilares y artesones, cuya pared es toda ella una vidriera engastada en plomo, y por fuera el poyo para montar en la mula. Ni siquiera entré allí. La antigua posada Cleemann es actualmente una especie de pseudo hotel Meurice, con rosetones de cartón piedra en los cielos rasos, y en las ventanas ese lujo de cortinajes y esa indigencia de visillos que caracterizan las hosterías alemanas.

Algún día Maguncia hará de la casa de *Bona Monte* y de la casa *Zum Jungen* lo que ha hecho París de la venerable posada del pilar de los mercados. Se destruirá, para substituirlo por una mala fachada adornada con un mal busto, el techo natal de ese Juan Gensfleich, gentilhombre de cámara del elector Adolfo de Nassau, que la posteridad conoce bajo el nombre de *Gutenberg*, como conoce, bajo el nombre de *Molière*, á Juan Bautista Poquelín, camarero de Luis XIV.

Entretanto, las iglesias antiguas defienden todavía cuanto las rodea; y al rededor de su catedral es donde hay que buscar á Maguncia, como al rededor de su colegiata hay que buscar á Francfort.

Colonia es una ciudad gótica rezagada todavía en la época románica; Francfort y Maguncia son dos ciudades góticas sumidas ya en el renacimiento, y bajo muchos otros aspectos, en el estilo barroco y chinesco. De ahí que Maguncia y Francfort posean no sé qué aspecto de ciudades flamencas que las distingue y las aisla casi entre las ciudades del Rhin.

Se adivina en Colonia que los austeros constructores del Dombo, maese Gerardo, maese Arnoldo y maese Juan, han llenado por mucho tiempo su ciudad con su aliento. Parece que aquellas tres grandes sombras hayan velado durante cuatro siglos sobre Colo-

nia, protegiendo la iglesia de Plectruda, la iglesia de Anón, la tumba de Teofania y la cámara de oro de las once mil vírgenes, cerrando el camino al mal gusto, tolerando apenas las fantasías casi clásicas del renacimiento, guardando la pureza de las ojivas y de las archivoltas, podando los follajes de Luis XV por todas partes en donde aparecían, manteniendo en toda la viveza de sus perfiles y de sus aristas los esculpidos piñones y los severos palacios del siglo XIV; y que sólo se retiraron, como el león delante del asno, al ver el arte estúpido y abominable de los arquitectos parisienses del imperio y la restauración. En Maguncia y Francfort, la arquitectura Rubens, la línea hinchada y poderosa, el rico capricho flamenco, la tupida é inextricable vegetación de las verjas de hierro sobrecargadas de flores y animales, la inagotable variedad de los salientes y torrecillas; el color, el fenómeno; la línea mofletuda, barriguda, opulenta, con más salud que belleza; el mascarón, el tritón, la náyade, el chorreante delfín, toda la escultura pagana carnosa y robusta, la ornamentación enorme, hiperbólica y exorbitante, el mal gusto magnífico, invadieron la ciudad desde principios del siglo XVII, y empenacharon y enguirnaldaron, según su estro poético, la vieja y grave construcción alemana. Por eso se ven en todas partes portadas historiadas, labradas y torneadas; frontones complicados con pucheros, granadas, piñas, cipos y rocallas, que ofrecen perfiles de zarzales de cangrejos; y piñones de volutas de tres bucles, como la peluca de ceremonia de Luis XIV.

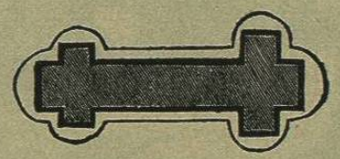
Contempladas á vista de pájaro, Maguncia y Francfort, situada la una sobre el Rhin, la otra sobre el Mein, la misma situación que Colonia, tienen necesariamente la misma forma. En la orilla que les da frente, el puente de barcas de Maguncia ha producido Castel, y el puente de piedra de Francfort ha produ-

cido Sachshausen, como el puente de Colonia ha producido Deutz.

El dombo de Maguncia, igual que las catedrales de Worms y de Tréveris, no tiene fachada, y termina en sus dos extremidades con dos coros. Son dos ábsides románicos, con su crucero cada uno, que se contemplan y que reune una gran nave. Parecen dos iglesias unidas una á otra por sus fachadas. Ambas cruzas se tocan y se confunden por el pie. Esta disposición geométrica engendra

en elevación seis campánulas, esto es, un gran campanario entre dos torrecillas en cada ábside, como el sacerdote entre el diácono y el subdiácono, simbolismo que reproduce, según he dicho en otra parte, el gran rosetón de nuestras catedrales entre sus dos ojivas.

Los dos ábsides cuya reunión compone la catedral de Maguncia son de dos épocas distintas, y, aunque



casi idénticos en cuanto á su disposición geométrica y á sus dimensiones, presentan, como edificio, un contraste completo y sorprendente. El primero y menor data del siglo x. Empezado en 978, fué terminado en 1009.

El segundo, cuyo campanario mayor tiene doscientos pies de altura, fué empezado poco después, pero se incendió en 1190, y desde entonces cada siglo ha puesto en él su piedra. Hace cien años, el gusto reinante invadió el ábside; toda la flora de la arquitectura Pompadour mezcla sus tallos de piedra, sus farfalaes y sus ramajes á los dentellones bizantinos, á los losanges lombardos y á las cintras sajonas, y hoy aquella caprichosa y abigarrada vegetación cubre el viejo ábside. El gran campanario, cono ancho, rechoncho, de extensa base, soberbiamente recargado con tres ricas diademas de florones, cuyos diámetros decrecen de su base á su cúspide, tallado completamente á rosetones y facetas, parece construído más bien de pedrerías que de piedras. En la otra torre

mayor, grave, simple, bizantina y gótica, que le está enfrente, algunos constructores modernos han erigido, probablemente por economía, una cúpula igualmente puntiaguda, apoyada en su base sobre un círculo de agudos piñones que tiene parecido con la corona de hierro de los reyes lombardos, cúpula de zinc, completamente desnuda, sin dorados y sin ornamentación, de un perfil ligeramente hinchado, que recuerda la antigua mitra pontifical de los tiempos primitivos. Podría tomarse por la severa tiara de Gregorio VII contemplando la espléndida tiara de Bonifacio VIII. Elevada idea, puesta, construída y esculpida allí por el tiempo y la casualidad, esos dos grandes arquitectos.

Todo aquel venerable conjunto está revocado de rosa; todo, de arriba abajo, los dos ábsides, la gran nave y los seis campanarios. La cosa está hecha con cuidado y gusto. Hase concedido el rosa pálido al campanario bizantino, y el rosa vivo al campanario Pompadour.

Como la capilla de Aquisgrán, la catedral de Maguncia tiene dos puertas de bronce adornadas con cabezas de leones; las de Aquisgrán son romanas. Cuando visité Aquisgrán y vi aquellas puertas, busqué en vano, bien lo recordaréis, la hendidura que hizo, según cuentan, y debió hacer en efecto, el puntapié del diablo al marcharse furioso por haberse engullido el alma de un lobo en lugar del alma de un ciudadano con casa propia. Ninguna historia de ese género recomienda las puertas de la catedral de Maguncia. Son del siglo xi, y fueron donadas por el arzobispo Willigis á la iglesia, hoy demolida, de Nuestra Señora, de donde las tomaron para enclavarlas en una majestuosa portada románica de la catedral. En la parte alta de ambas hojas están escritos en caracteres romanos los privilegios concedidos á la ciudad

en 1135, por el arzobispo Adalberto, segundo elector de Colonia. Debajo está grabada, en una sola línea, esta leyenda más antigua *(sic)*:

WILIGSVS ARCHIEPS EX METALLI
SPECIE VALVAS EFFECERAT PRIMVS

Si el interior de Maguncia recuerda sus ciudades flamencas, el interior de su catedral recuerda las iglesias belgas. La nave, las capillas, los dos cruceros y los dos ábsides carecen de vidrieras, de misterio, están revocadas de blanco desde el pavimento á la bóveda, pero suntuosamente decoradas. Por todas partes aparecen ante los ojos los frescos, los cuadros, las tallas, las columnas salomónicas y doradas; pero las verdaderas joyas de este inmenso edificio, son las tumbas de los arzobispos electores. Con ellas está pavimentada la iglesia, hechos los altares, apuntalados los pilares y cubiertas las paredes; son magníficas losas de mármol y de piedra, más preciosas muchas veces por la escultura y el trabajo, que las placas de oro del templo de Salomón. Yo he comprobado, tanto en la iglesia como en la sala capitular y el claustro, que hay una tumba del siglo VIII, dos del XIII, seis del XIV, seis del XV, once del XVI, ocho del XVII y nueve del XVIII; en junto cuarenta y tres sepulcros. En este número no cuento ni las tumbas altares, difíciles de abordar y explorar, ni las losas tombales, sombrío y confuso mosaico de la muerte, más borrados de día en día bajo los pies de los que van y vienen.

Omito, además, las cuatro ó cinco insignificantes tumbas del siglo XIX.

Todas esas tumbas, excepto cinco, son sepulturas de arzobispos. Sobre esos treinta y ocho cenotafios,

dispersos sin orden cronológico y como al azar bajo un bosque de columnas bizantinas y enigmáticos capiteles, el arte de seis siglos se desenvuelve, vegeta y cruza inextricablemente sus ramas, de las que caen, como doble fruto, la historia del pensamiento, al propio tiempo que la historia de los hechos. Allí, Liebenstein, Homburg, Gemmingen, Heufenstein, Brandeburgo, Steinburg, Ingelheim, Dalberg, Eltz, Stadion, Weinsberg, Ostein, Leyen, Hennenberg, Tour y Tavis, casi todos los grandes nombres de la Alemania rhenana, aparecen á través de ese sombrío resplandor que las tumbas esparcen en la obscuridad de las iglesias. Todos los caprichos de época, de artista y de moribundo se juntan en todos los epitafios. Los mausoleos del siglo XVIII se entreabren y dejan escapar su esqueleto, llevando en sus largos dedos sin carne mitras de arzobispos y sombreros de electores. Los arzobispos contemporáneos de Richelieu y de Luis XIV duermen tendidos debajo de sus sarcófagos y apoyados en el codo. Los arabescos del renacimiento entrelazan sus zarcillos y encaraman sus quimeras en los delicados follajes del siglo XV y dejan entrever, bajo mil graciosas complicaciones, estatuítas, dísticos latinos y coloridos blancos. Algunos severos nombres, *Mathias Burhecg, Conradus Rehin-Graf* (Conrado, conde del Rhin), se inscriben entre el tonsurado monje que representa al clero, y el hombre de armas con morrión que figura la nobleza, bajo la pura ojiva de triángulo equilátero del siglo XIV; y en la lápida pintada y dorada del siglo XIII, algunos gigantescos arzobispos que tienen monstruos apocalípticos bajo los pies coronan con ambas manos á la vez á reyes y emperadores menores que ellos. En esta altanera actitud os miran fijamente con sus ojos de momia egipcia Sigefrido, que coronó á dos emperadores, Enrique de Turingia y Guillermo de Holanda; y Pedro Aspeld,